

Tras las puertas del Paraíso: Una (re)visión de Ana Clavel

Arturo R. Santeliz
santeliz.ar@gmail.com

****COLABORACIÓN ESPECIAL**

“Podemos decir del erotismo que es la aprobación de la vida hasta en la muerte.”
Georges Bataille

Resumen: El juego del erotismo en el cual nos adentra Ana Clavel en *Las ninfas a veces sonríen*, tiene dos caras. En la primera se despliega el viaje hacia el autodescubrimiento, hacia la búsqueda de aquello que mueven nuestras pasiones; en segundo lugar, hay una reafirmación del yo, un posicionamiento en el mundo. A través de su novela, la autora desafía estereotipos y realiza un tratado sobre el deseo y el erotismo, en el cual se explora la naturaleza humana y se repiensa sobre los roles que suelen marcar estos temas.

Palabras clave: Deseo, erotismo, pasión, Ana Clavel, ninfas, novela, autora mexicana, literatura latinoamericana.

I

Quien escribe, explora. La literatura siempre se plantea como una búsqueda: encontrar un fin, encontrarse. El escritor abre el abismo, mira hacia el fondo y corre el riesgo de caer o cae, porque literatura es una caída o la posibilidad de ésta. Así se presenta Ana Clavel en su novela *Las ninfas a veces sonríen*. Entre sus páginas explora, nos crea mundos entre letras, adivina salidas y, si no las encuentra, las inventa. La escritura de Clavel es fresca, se llena de matices, pasamos las páginas y se siente el rocío de las fuentes entre los dedos; el aroma de las flores petrificadas en el papel amarillento. La novela nos relata el recuento, las migas de pan dejadas por Ada a lo largo de su vida: Ada en botón, Ada flor, Ada fruta madura y jugosa. Esta ninfa que desborda a Diosa nos cuenta su historia dividida en tres partes: “Apenas tenue”, “Toda fuente” y “Después del Paraíso”. En cada una se desgajan y barajan sus visiones. Desde el momento en que se sabe Paraíso y se pierde en su oasis, hasta el momento en el cual descubre otros reinos y se sabe incompleta. La escritora nos muestra la búsqueda de ese Paraíso perdido entre juegos, en el cual hay una promesa entre dedos y risas. Este relato de ninfas es el testimonio de la caza del Paraíso prometido.

II

“Es que a ti nunca te forzaron. Tú, como buena diosa, siempre has tenido suerte.”

Ana Clavel

“En ese entonces me daba por tocarme todo el tiempo. Fluía. Me desbordaba. Jugueteaba con mis aguas” (Clavel 3). Así, la protagonista inicia su relato, el anunciamiento de ser Edén y manzana propia. El reino cerrado erguido entre su piel en donde es señora y guía, es autosuficiente: toda cuestión y respuesta se daba entre sus dedos. Estaba completa. En la primera parte de la novela se nos pintan las bases de un mundo mágico. Bajo la mirada de la ninfa todo se descompone, bulle y se transforma. A quienes ella veía, eran bautizados con nombres mágicos y títulos nobiliarios. El mundo se abre para Ada, es maleable a sus caprichos. Todo es un juego, una ceremonia orquestada por sus normas. El

mundo está a espera de ser modificado por ella; sin embargo, el día llega, un señor titán hace sombra a sus pasos, la persigue mientras ella juega a no dejarse agarrar, a entretenerse para caer entre sus manos. Pasa, el hombre la agarra, la vuelve hacia sí, toma su manzana. Ada en ese momento descubre otro Paraíso. Tras el contacto con otro ser, las murallas de su reino se rompen, deja de ser cerrado. Entran el calor y el frío: la falta de aliento se hace presente. Se sabe objeto de deseo, este acontecimiento la despoja de toda integridad, ya no encuentra respuestas sólo en sí. Entrar en el juego del deseo es buscar eso que no se halla en uno mismo. Así, Ada en botón, la nínfula, emprende el viaje y busca ese Paraíso prometido entre la respiración de otro cayendo, vuelto loco, bajo su presencia de Diosa.

Clavel nos sumerge en este mundo mágico donde narrativa y poesía no disciernen límites claros. En la poética se rompe el lenguaje, se trata de alcanzar aquello no recuperado por lo dicho ordinariamente. El cuerpo siempre es uno, pero las experiencias son múltiples. Una caricia nunca es igual a otra, los humores del cuerpo se desprenden y aprecian siempre distintos. Aquí, Ana –cercano suspiro de Ada– fluye entre palabras, extiende y distiende el idioma para crear pliegues, sensaciones distintas en las cuales se diferencie cada caricia furtiva y experimentada. Así, en este mundo igual de tierno que nuestra protagonista, cada suspiro robado, cada complicidad de instantes se experimentan siempre nuevos. Lo erótico, la sexualidad apenas descubierta bajo una cama, aquello que roba alientos, no podría construirse sin esa poesía. La poesía es lúbrica, sobre ella corren los engranajes en los cuales una caricia deja de ser fricción y pasa a ser el ansia de quien busca en una piel desconocida, el impulso del deseo.

Ada, como Diosa, conoce el valor de las ofrendas hacia su persona: el rito de quien sucumbe y ruega por el goce de su presencia. El juego del deseo en donde ella busca el Paraíso perdido y los demás la buscan a ella, Ada es artífice. Busca algo más allá del encuentro de cuerpos, aquello que sólo se puede decir en una complicidad momentánea. Busca, busca, pero quizá por su edad de nínfula, el Cielo prometido aún no tiene una forma fija, una palabra para invocarlo. Dentro de este jugueteo, tampoco parece preocuparse por la

incertidumbre de su destino, ella elige secuaces, para sus fugaces aventuras, en torno a un capricho. Lo sabe: con ellos no llegará a esas tierras deseadas. Para una odisea así, se necesita por compañía a alguien con los ojos puestos en las mismas miras. Ellos sólo la desean obtusamente. Ada hace presencia y, como quienes no soportan el contacto divino, enloquecen. Hay un peligro constante de ser descubiertos en su empresa; de alejarla del Paraíso. Si, como Anaïs profesaba, “la caja de Pandora contenía los misterios de la sensualidad femenina, tan distinta de la masculina que el lenguaje del hombre no resultaba adecuado para describirla” (Nin 15) estos seres eran abyectos, puro consumo embravecido, no existe, quizá, una fórmula secreta, pero hay una interiorización en pos de lo deseado. Estos seres: leñadores, tíos titanes, amigos delfines, primos arcángeles, devenían, desde la óptica de la niña, en sátiros; sin embargo, terminaban por no ser más que todo cabras. Así, para poder recuperar aquello desatado por su caja de Pandora, Ada usa un lenguaje fantástico para recuperar ese atisbo de sexualidad propia, tan poco ordinario como todos, que es necesario el exilio de toda razón para poder tomar eso que no sigue lógica alguna.

III

“No sé qué decirte, es que somos yo y mi voluntad.”

Ana Clavel

¿Hasta dónde es voluntad de uno el deseo? ¿Hasta qué punto un capricho se pierde de nuestra voluntad y sucumbimos entre sus aguas? “Toda fuente”, el segundo capítulo del libro, corre como agua, es transitivo. La niña Ada crece, abre en flor, deja atrás sus pieles de nínfula para abrirse y mostrarse al mundo. Como agua cambiante, se transforma poco a poco. Explora: sus encuentros fugaces con otros ya no son tan continuos; sin embargo, indaga otras pieles y aromas con quienes se le presentan ninfas: surgen otras complicidades. Ellas entienden sus señas, mas no terminan por hablar su idioma. Las puertas de otro Paraíso inacabado le son mostradas. Dentro de este laberinto de seres improbables, ella es la única respuesta. “Asomarse al fondo del agua con el corazón fuera de sitio. Las manos atadas a la espalda para jugar una sospecha. No sentía miedo. Había aprendido que el horror era tan deleitable como la

belleza” (Clavel 61). Ada espejo de agua siente sus corrientes rozándole, así es consciente de su propia magnitud. Este choque, el encuentro consigo misma, le parece abrumante. No es el mismo desconcierto de quienes le veían llenos de deseo, sino aquel producido por quien mira dentro de su propio abismo. Así ella comienza a ser consciente de su verdadera forma, no es solamente la efigie erguida en mármol a quien, cegados por su brillo, dejan ofrendas a sus pies, por el contrario, es la deidad, la ninfa que transmuta. Comienza a ser consciente de sus propios alcances y pertenencias. Es su voluntad el deseo y éste toma otros avatares: el apetito por el Arcángel bachiller inalcanzable, por ejemplo, ya no es disfrute de la pertenencia de su cuerpo, sino la exaltación de su alma. No obstante, la encarnación del deseo más importante es esa nueva atracción por ella misma. “Debo confesarlo: mi mirada en el espejo era el más violento de los besos” (Clavel 5). Ante ésta, un nuevo camino hacia ese Paraíso comienza a dibujarse.

La autora, cuando nos adentra en esta novela, nos muestra el juego de los espejos: es como entrar en un laberinto que, al estar tapizado por los mismos, crece hacia el infinito. No es coincidencia entrar de lleno en el escrito con la imagen de Ada hipnotizada ante su reflejo. *Las ninfas a veces sonríen* no es sólo el abismo, es un pozo de agua en el cual puede verse uno reflejado. Lo dije al principio, la literatura es una caída o la posibilidad de ésta. El peligro de sucumbir no es exclusivo de quien escribe, pues el lector, al momento de abrir el libro, se acerca al pozo entre más páginas pasa. En las visiones de Ada puede existir alguna donde su nombre sea el eco del nuestro y nos veamos reconocidos ante el espejo de papel dispuesto en el libro. Aun así, el juego de espejos no se agota en esto. Clavel usa los espejos en el sentido más tradicional dentro de su novela: reflejan a Ada, la hacen recuperar su imagen. Si bien al principio la ninfa se observa cual Narciso, embotada por la belleza propia, era ciega, sólo se conocía por el tacto de su cuerpo, no atisbaba más que la pura sonrisa de la ninfa presente del otro lado de la plata, pero conforme avanza en su búsqueda del Edén, cuando los reflejos le devuelven su figura, comienza a ver más que sólo la piel tersa de las diosas amamantadas con leche de miel y oro. Empieza a ver a Ada y eso es lo más relevante de toda la novela. “Desde

una profundidad abisal, los ojos membranosos del pez provocaban una repulsión que hipnotizaba. Descubría entonces, fascinada, que se trata de mi propio rostro” (Clavel 62). El saberse ella, sus facciones, el rechazo de lo exterior para reafirmar su sentir, su deseo, su propia persona le vuelve más fuerte. La ninfa crece, mueve mareas, hace propios los males y los bienes, los canaliza, puede contra ellos. Ya nos lo confiesa la escritora, esta no puede ser una tarea de titanes. Los titanes suelen ser portentosos, muros enormes, infranqueables. Cualquier cosa enfrentada a un titán termina por deshacerse en su superficie. No hay forma de que alguno salga ileso. En cambio, los seres místicos menores son pasivos a su voluntad, juguetones, picarescos, impetuosos cuando se requiere; son seres flexibles. Esta tarea está hecha para las ninfas, para los sátiros y faunos, para las sirenas y tritones. Para los Dioses perfectos no hay crecimiento, se estancan y mueren. Sólo un ser de agua como nuestra ninfa puede reconocerse, mirarse en el espejo, saberse llena de llagas o de hojas y aun así saberse mística.

Ada, Ada en el mundo, Ada cambiando en el mundo, el mundo cambiando con Ada. En el paso de “Toda fuente” podemos notarlo. El mundo emanado surge por su voz. El lenguaje empleado es un intento por hacerse de esa sensualidad suya escapada por sus poros, para recuperar todo aquello que era. El mundo creado es un acompañante también, es donde Ada se refugia de lo que pasa: un castigo, una exaltación enorme, la excitación de cualquier tipo. De este mundo-espejismo surgen rasgos escapados de la realidad que lo acuna. Por ejemplo, el metro, el misterioso encuentro con un jardinero de la vecindad-ciudadela en donde habita, la matanza de estudiantes protestando en una ciudad de palacios derruidos. Este mundo de niebla y sombras es el colchón de Ada para los golpes más fuertes: la pérdida del Arcángel amado en la masacre tras una manifestación de silencio; sin embargo, por su condición de espejismo, puede tambalearse con unas cuantas palabras. Como la recriminación de la amiga, quien asegura que todos estos “cuentos” no traerán de vuelta al Arcángel caído. Cuando uno descubre las reglas detrás de los juegos o ritos, estos tienden a desmoronarse.

IV

“Ahora soy yo quien lo ha preñado. Le devuelvo la mirada. Frente al mundo devastado e incesante, le toca a él darme a luz.”

Ana Clavel

Las memorias de una ninfa se escriben desde la nostalgia. Transcurren en ese tiempo doble en el cual todo está pasando por primera vez, pero, en paralelo, el mismo acto se aleja dando grandes saltos. Son nostálgicas pues nos hablan de todo aquello dejado a su marcha, de lo perdido, de lo alcanzado, pero nos hablan, también, sobre la incertidumbre del siguiente paso. Antes de saltar al escaño final de su recuento, Ada se ve iluminada: “Ignoraba, pero empezaba a descubrirlo: que el espanto y la belleza podían ser las caras intercambiables del Paraíso” (Clavel 85). Cae en cuenta, el Paraíso es múltiple y no como lo pintan. A veces lleno de arcángeles y serafines, otras más de seres cabríos con cola puntiforme, cada Paraíso es distinto. Después de encontrar su verdadera silueta tras el espejo y conocer el sendero hacia su tierra prometida, ese Cielo en donde el deseo es más que fricciones, y el alma, junto con el cuerpo, se le hinchan de agua, solamente le queda un par de preguntas: ¿Y ahora qué?, ¿qué hay más allá del Paraíso?

Ha despuntado flor, se ha vuelto fruta madura. En la última parte de la obra, “Después del Paraíso”, nos muestra la vida de la Ada madura. Aquí se muestra fuera del reino de los padres omnipresentes, ya no es la nínfula sin algún rigor, es la ninfa realizada. Después de ese contacto consigo misma, en el cual fue consciente de su condición verdadera, ella toma potestad de su verdadera fuerza. La ninfa madura se muestra en control de lo que pasa a su rededor. Ella es quien guía, esa condición de ninfa de agua consumada, le dan la flexibilidad de poder tomar los devenires a su disposición. Así, se presenta como ser múltiple: mujer-orquídea, mujer-gato, náyade, sátiro erecto; toda divinidad. De esta forma, ella se amolda al contexto, entiende que su Paraíso alcanzado es sólo el punto de partida para enfrentar el mundo exterior. Quizá es por ello que este espejismo comienza a desvanecerse poco a poco, ya no necesita ese colchón, se tiene a sí misma. En el terreno del deseo, sabe cuál es su lenguaje, sabe lo que busca. Se mantiene al acecho:

“mi hombre no se conforma con sentar en sus rodillas a la belleza. En vez de decir piropos a las mujeres, les arroja sugestivas y exóticas flores del mal” (Clavel 115). No busca quien sólo se pierda emborrachado por su belleza, busca a quien trate de descifrar ese lenguaje secreto de la sensualidad femenina. Pero ella no está a la deriva en esta empresa, Ada-fruta madura te saca del Paraíso, ella es fuente, te preña de sensaciones y deseos no mundanos.

V

La novela de Clavel nos hace caminar por el entramado de la vida sexual de una mujer que, por ser consciente de su cuerpo, de sus límites y alcances, se sabe divina. *Las ninfas a veces sonríen* es la puesta de la mujer ante el espejo, de la recuperación de su imagen y su cuerpo. Es empoderante.

Ada siempre criticada por sus congéneres acerca de su gracia, de la poca discreción no-digna-de-una-señorita, de sus gestos y rasgos duros, se arma de oídos sordos a esas palabras vacías y se acepta así, se impone como sólo ella es. Para ella no hay manera de ser mujer o ninfa, por eso busca, se renueva; lucha. Esa es la forma de ser Ada. En una sociedad cerrada, en la cual las mujeres –en su falso rol– deben ser perfectas, en donde se les enseña a no mostrar emociones “negativas” para ellas, en las cuales deben mostrarse siempre brillantes, sin problemas, se les vuelve objetos de sí mismas, objetos de todos. Esperan que sólo sean muñecas de sonrisas perennes. Ana Clavel, en cambio, nos muestra una obra que va en contra de estos falsos estereotipos, nos vuelve espectadores del paso de una mujer que busca por encontrarse tras el reflejo que la sociedad nos lega. Ada sufre, tiembla, goza, ríe, sabe cuándo ceder el control y cuándo llevar la batuta. No por imposición, sino por decisión propia. Es cambiante como el agua, sí, pero este cambio es a voluntad suya. Eso es lo que nos espeta a la cara Ana Clavel: la recuperación de sí mismo en una sociedad donde se nos imponen roles, la construcción de un fuerte en un mundo que se nos vuelca violentamente encima y, en especial, la recuperación y la manifestación del deseo –en todo sentido– femenino, muchas veces pasado por alto. Ada no es una mujer perfecta, sin necesidades aparentes, con miedo a transgredir. Ella

es una mujer que se sabe incompleta, no una deidad mayor, sino una terrenal, que sufre y goza. En esta condición, ella encuentra su mejor cualidad. Es la ninfa que puede mirarse al espejo, recordar lo que la constituye, encontrar aquello que la hace nueva y, después de esta mirada a su pozo de agua, a veces y sólo a veces, sonreír.

Referencias

- Clavel, Ana. *Las ninfas a veces sonríen*. Alfaguara, 2012.
- Nin, Anaïs. *Delta de Venus*. Alianza, 2019.